

sas hechas á los hugonotes y comenzó á prepararse. Sin embargo, los Estados no estaban dispuestos á ir tan allá. La consideración de que los protestantes se hallaban entonces tan apocados como antes á una defensa armada, hizo que solo se tomaran algunas confusas é indeterminadas resoluciones contra el calvinismo.

Al propio tiempo que la influencia del espíritu religioso, dejábase sentir en los Estados la del espíritu democrático, pues creían que sus acuerdos tenían fuerza de ley, aun sin la sanción del monarca. El clero y la nobleza dieron por sentado que la corona renunciaba solemnemente á enviar á las provincias comisarios ó intendentes extraordinarios revestidos de poderes dictatoriales (1). Los Estados no aprobaron tampoco los impuestos fijados por el rey; y en tales circunstancias, creyó el gobierno que lo mejor era disolverlos.

Las esperanzas que en ellos habían puesto los hugonotes se volvieron en contra suya, pero en cambio su reunión les había proporcionado una ventaja, pues la impotencia y la conducta anti-monárquica del partido católico en el seno de la asamblea de Blois, disminuyeron grandemente la predilección que el rey y Catalina habían mostrado hácia la facción fanática y les inspiraron ideas más moderadas. Sus mejores generales, Montpensier, Cossé y Biron estaban de acuerdo con ellos, y la corona se encontró á punto de volver á la política que con tanto éxito había seguido en otro tiempo y de la cual no hubiera debido separarse, cual era la política neutral, el sistema moderador entre los dos opuestos bandos. ¿Era esto posible? ¿No habían ido las cosas demasiado allá para volver nuevamente atrás?

Inmediatamente después de la declaración de los Estados generales estalló la sexta guerra de religión que los hugonotes dirigieron con negligencia y el rey con repugnancia, y durante la cual se vio claramente cuánto había decaído el protestantismo en los últimos años. En el Norte, había desaparecido completamente, y la resistencia armada se hacía solo en Guyena, Gascuña, Poitou y Languedoc. Los regimientos protestantes estaban indisciplinados y sus caudillos, especialmente el joven Condé, oyeron amargas verdades de boca de sus pastores y de los *consistoriales*. Además, entre los *políticos* y los hugonotes, aparentemente unidos, surgieron disidencias cada vez más marcadas, debiendo por fin los últimos tomar á su servicio soldados católicos que apenas les obedecían y que á la mejor ocasión desertaban de sus filas (2).

Enrique III estaba disgustado de la guerra y quería principalmente halagar á los hugonotes para hacerlos servir de contrapeso á la Liga, que cada día se mostraba más hostil al monarca. Además veíase amenazado por una falta absoluta de dinero y temía que Juan Casimiro, infatigable en las lucrativas expediciones de rapiña que llevaba á cabo en Francia, intentase una nueva invasión. Los desunidos y debilitados protestantes tuvieron que consentir en que se consignaran algunas limitaciones en los artículos de Poitiers y Bergerac (setiembre de 1577). El ejercicio del culto reformado continuó permitiéndose en todas las ciudades en que hasta entonces se había tolerado, pero solo podía haber una ciudad de estas en cada bailiato. Fuera de esto, se ratificaron todos los artículos del tratado de Beaulieu, concediéndose

(1) G. Hanotaux, *Los primeros intendentes de justicia*, *Revista histórica*, XIX (1882), 19.

(2) Un testimonio, no sospechoso ciertamente, de esta confusión que reinaba entre los hugonotes, es el autor de la *Historia universal*, Agrippa d'Aubigné, celoso calvinista (Maillet 1616-1620): tomo II, libro III, cap. 8, pág. 273 y cap. 12, pág. 284.

nuevas plazas de seguridad á los hugonotes, cuyas fortificaciones y guarniciones corrieron á cargo del rey.

Preciso es convenir en que la paz fué hábilmente conducida y en que todos los elementos moderados de ambos partidos se encontraron con ella satisfechos: los protestantes, porque les aseguraba su ulterior existencia, y los católicos porque introducía aquellas limitaciones y porque protegía al Reino contra una invasión completa del protestantismo.

Desgraciadamente no era Enrique III el hombre que podía sacar los esperados frutos de la ventajosa situación en que le había colocado el tratado de paz. Él y sus favoritos, los *mignons*, llevaron una vida tan disipada, que les atrajo el general desprecio. En medio de la miseria en que se encontraba su reino, gastaba anualmente para sus diversiones personales un millón de florines de oro, ó sean 140 millones de reales, de los cuales no daba cuenta á nadie. Igual suma disipaba con sus favoritos. De aquí que los soldados y empleados no recibiesen sus pagas, y que se suspendieran sin consideración los pagos á los acreedores del Estado. La escasez de dinero era tan grande, que se obligó á muchos ciudadanos á comprar títulos de nobleza, sin cuidarse de la elección de los favorecidos, pues en otros un conocido tratante en ganado, Ricardo Grain d'Orge, se vio obligado, en 1577, á ingresar en la aristocracia teniendo que pagar por ellos la cantidad de 1,000 florines de oro (3). La administración había llegado al colmo del desorden y de la venalidad (4); Enrique se veía despreciado por sus más allegados, y su madre rompió completamente con él; su hermano, Francisco de Anjou, dirigido por el desterrado Bussy d'Amboise, se levantó en nombre de los intereses violados, contra la dominación de los *mignons*, y con él y especialmente contra los Valois se alzó el temible poder de la casa de los Guisais, protegida por los católicos fanáticos y por los mismos de la Liga.

El favor que, en los edictos de Poitiers y Bergerac, había otorgado el rey á los hugonotes había indignado en extremo á los fanáticos, que no querían oír hablar más de los Valois y deseaban poner en su lugar á los Guisais, fundándose en que la subida al trono de los Capetos (acaecida 600 años antes) era una usurpación, pues la corona de Francia correspondía entonces á la casa de Lorena que, por parte de madre, descendía de Carlomagno. Entabláronse negociaciones con el Papa respecto de este punto, y en los pulpitos resonaron acusaciones contra el rey. Felipe II apoyaba este movimiento y prometía su auxilio á los descontentos. El odio de la nobleza católica contra los *mignons* se manifestó en repetidos desafíos con estos y en misteriosos asesinatos que el mismo rey no se atrevió á vengar. Además de esto, existía la agitación sorda producida por las doctrinas y por los esfuerzos democráticos, todo lo cual pronosticaba á la monarquía y á la nación en general un triste y peligroso porvenir.

Entre tanto, en las provincias, el tratado de paz de Bergerac, que el fanático Beza calificó, en Ginebra, de insuficiente, no era observado por ninguno de los dos partidos: cada uno de ellos conservó las plazas que poseía y desde ellas hacía una guerra pequeña y sin gloria, pero devastadora, en la cual se distinguió en primera fila, por sus atrevidos y decisivos planes, Enrique de Navarra. Lo que mejor prueba el carácter de este caudillo y el de la época sobre todo, es el hecho de presentarse Catalina, acompañada de su desmoralizada hija Margarita, esposa de Enrique, y de un gran número de venales y afeminados diplomáticos, en el campamento del de Navarra para atraerle á un tratado de paz. Negociaciones, sorpresas, amos y escaramuzas, todo se

(3) Ch. de Louandre, *La nobleza francesa* (Paris 1880), pág. 41.

(4) *Relacion de Lorenzo Prullí* (1582), Alberi, I, IV, 411.

empleó hasta conseguir el tratado de Nerac (febrero de 1579), en virtud del cual se suspendieron por algunos meses las hostilidades. ¿Qué se habían hecho la fe religiosa que los protestantes habían llevado hasta el heroísmo y la austeridad de costumbres, sombría sí, pero honrosa, con que los hugonotes habían luchado hasta morir en pro de sus creencias? La frivolidad propia de los franceses meridionales se había apoderado del partido protestante y había aniquilado los privilegios morales de que gozaba. En Francia, antes que en ningún otro país de Europa, los principios religiosos sirvieron de pretexto para el desenvolvimiento de ambiciones personales ó políticas. Y sino, ¿era por ventura un jefe propio para el ejército de Calvino aquel Enrique de Navarra que después de los combates afortunados abandonaba el campo de batalla para recoger el premio de su victoria en los brazos de una de sus innumerables queridas? Aun prescindiendo de estos placeres y disipaciones, como general dejaba también mucho que desear. Los soldados protestantes seguían el ejemplo de su jefe; la indiferencia religiosa, los excesos y la rapiña habían tomado entre ellos tal incremento, que sus pastores declaraban que preferían ver encendidas de nuevo las hogueras, á ver continuar lucha tan inmoral (1).

Los protestantes hubieran sido totalmente vencidos si el rey, por miedo de dar demasiada fuerza á la Liga, no hubiese impedido que su ejército volviera á romper desde luego las hostilidades. Además, algunos sucesos de política exterior hicieron necesaria la paz para los intereses del Reino.

En efecto, el poder de España, que por espacio de diez años se había debilitado á causa de la lucha de la independencia de los Países Bajos, había recobrado su antiguo esplendor, y este era el momento crítico para Francia si no quería verse supeditada y sojuzgada por su antiguo adversario. Si lo consideramos atentamente, veremos que el protestantismo francés, cada vez más débil en la lucha, debió su salvación á la política exterior; pues siempre había preponderado el principio de que los intereses políticos de la monarquía francesa estaban por completo reñidos con los de aquella potencia que se presentaba ante todo el mundo como adalid y defensora del catolicismo.

CAPITULO VIII.

ESPAÑA Y EL CATOLICISMO EN LA OFENSIVA

Uniones de Arras y de Utrecht. — Anjou en los Países Bajos. — Portugal en 1580. — Conquista de Portugal por Felipe II. — Traición y derrota de Anjou. — Asesinato del de Orange. — Oposición contra Enrique III de Francia. — Muerte de Anjou. — Levantamiento de la Liga. — Alianza entre hugonotes y políticos. — Sitio de Amberes. — Leicester en los Países Bajos. — Planes de Felipe II contra Inglaterra. — Proceso y ejecución de María Estuardo. — Los Guisais contra Enrique de Navarra. — Enrique de Guisa en París. — La armada «Invencible». — Las barricadas en París. — Preparativos de Inglaterra. — Destrucción de la armada «Invencible».

Cuando D. Juan de Austria, lastimado por la desconfianza y la ingratitud de su real hermano, falleció prematuramente, había tenido ya á su lado al que había de sucederle, es decir, á su sobrino Alejandro Farnesio, hijo de la ex-regente Margarita. Alejandro Farnesio había nacido treinta y tres años antes en medio del fragor de las armas, y recibido una educación esencialmente militar, pues su padre, Octavio, era uno de los principales generales de Carlos V. Desde su juventud, los sentimientos que en él predominaron fueron lealtad á la casa de Austria y celo en pro del catolicismo. Alejandro, biznieto del papa Paulo III, había mostrado un

(1) Enrique de Navarra á Beza, noviembre de 1580, *Cartas misivas de Enrique IV*, tomo I, 330.

valor temerario en la batalla de Lepanto, donde había combatido á las órdenes de su tío, de la misma edad que él, don Juan de Austria. Su inusitado valor había logrado que la batalla de Sembloux fuese una tremenda derrota para las tropas flamencas. Su fisonomía inteligente, aunque ruda y sombría, y la robustez y esbeltez de su figura, no muy alta, denunciaban en él al guerrero experto y emprendedor. Pero no era únicamente un valiente militar, sino que en dotes de mando y en habilidad diplomáticas aventajaba á su tío, don Juan, pues no tenía el egoísmo ni la extravagante imaginación de este, sino que cumplía su deber sin segundas intenciones, y alcanzaba los fines que se proponía consiguiendo con prudente astucia y energía inflexible. Sus planes eran prudentes y meditados y sabía obrar en el momento oportuno con gran presencia de espíritu y poderosa actividad. Dotado de estas cualidades era, en su época, uno de los primeros hombres de Estado, el mejor de los generales y el más terrible y peligroso enemigo de las libertades de los Países Bajos. Él fué quien restableció las cosas de aquel país en el ser y estado que tenían durante los grandes y mejores tiempos de la dominación española.

La situación en que se encontró en un principio no le era desfavorable: el conde palatino, Juan Casimiro, y el duque de Anjou, que se vieron sin influencia alguna y sin dinero para pagar sus tropas, abandonaron aquellos territorios. Las provincias walonas y los magnates estaban indignados por el fanático espíritu calvinista y demagógico que predominaba en las ciudades de Flandes, especialmente en Gante. En ninguna parte se respetaba la pacificación, pues en el Sur se perseguía á los protestantes y en Flandes á los católicos. Con habilidad suma, supo Farnesio aprovechar esta tirantez para desviar de la causa de los Estados generales y para atraer á la del rey, por medio del soborno y de la concesión de honores, á los hombres más influyentes de las provincias walonas. Las poblaciones, indignadas contra los flamencos que profesaban distintas creencias de las suyas, se dejaron conducir de buen grado, mostrándose también allí la profunda oposición entre las creencias protestantes de los germanos y las católicas de los romanos. La resistencia armada del partido orangista de Arras fué vencida por la fuerza y castigada con muchas ejecuciones capitales; y en 6 de enero de 1579, las provincias de Artois, Hainaut y la Flandes francesa formaron una liga para la defensa de las creencias católicas: las de Luxemburgo y Namur habían sido ya dominadas por don Juan. En cambio, tres semanas después, es decir en 29 de enero, las provincias de Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht y las comarcas frisones formaron la Union de Utrecht, como alianza perpetua para defenderse en comun contra España y contra cualquier otra potencia, y para mantener la completa libertad religiosa. Esto vino á ser la carta de fundación de la república de las provincias unidas de los Países Bajos: en ella se encuentran ya los fundamentos de una constitución federal (2), pues no podía acordarse ninguna guerra, firmarse ningún tratado de paz ni decretarse contribución alguna sin el consentimiento de los representantes de todas las provincias. Otras cuestiones de menor importancia necesitaban solo el acuerdo de la mayoría: la asamblea federal debía reunirse en Utrecht. Overisel y Groninga se adhirieron más tarde á esta Liga. Como Guillermo de Orange estaba todavía al servicio de los Estados generales, fué elegido general de la Union su hermano, el conde Juan de Nassau; recaudáronse impuestos y se armaron tropas, de suerte que bien

(2) Los detalles acerca de la formación de la Union se encuentran en la obra de Müller, *Geschiedenis der Regeering in der Nader geunierde Provincien tot aan te Konst van Leicester* (Leyda 1867).

puede decirse que se había creado un nuevo Estado dentro del Estado.

Farnesio logró introducir entre los flamencos, hasta entonces unidos, la peligrosa discordia que estos no pudieron ya dominar.

A su juicio, esta discordia no podía durar siempre y por lo mismo, después de introducida quiso aprovechar el tiempo para proseguir la reconquista de las provincias todavía rebeldes. Alejandro Farnesio no era hombre de contentarse con una victoria tan rápidamente conseguida, pues además de la pluma, sabía manejar con gran destreza la espada, pues como general poseía dotes muy superiores a las de Orange. Los Estados generales y la Unión no luchaban solo contra esta ventaja, sino que les costaba mucho obtener de las distintas provincias y ciudades el dinero necesario para llevar adelante la guerra. En Flandes, la tirantez que entre protestantes y católicos existía estallaba a menudo en sangrientas luchas: así los calvinistas de Amberes, al grito de *Papen níl!*; Abajo los papistas!, se lanzaron contra sus conciudadanos católicos, asesinaron a muchos de ellos y llegaron a poner en peligro la vida del archiduque Matías (28 de mayo). Un motin igual se produjo en Utrecht, al paso que en Gante, un demagogo, Juan van Imbize, excitó a la población protestante a que asesinara a los católicos y saqueara sus bienes y ayudado de sus cómplices, se apoderó del gobierno de la ciudad. Orange se esforzaba para restablecer la paz religiosa y civil de la cual él era el mejor defensor, y ocupado en esta tarea, le faltaron el tiempo y el dinero para hacer frente al enemigo extranjero. Farnesio no tenía, pues, que luchar contra un poder importante: procuró, ante todo, cortar toda relación entre las provincias flamencas rebeldes y los protestes alemanes, cuyas comunicaciones eran difíciles por el Luxemburgo y por el obispado-principado de Lieja que era afecto a los intereses católico-españoles. Después de un sitio, sobre el cual estaban fijadas las miradas de la Europa entera, se apoderó de la importante y fuerte plaza de Maestricht, donde los vencedores se entregaron a horrores sin cuento; Groninga cayó muy pronto en poder de los españoles, por efecto de una traición; con la toma de Malinas se encontraron además, en el centro del Brabante, junto a Bruselas y Amberes. Los españoles, después de tan brillantes victorias, procuraron vencer a su principal enemigo, para dominar las provincias todavía rebeldes. De resultados de un congreso de paz que, por mediación del emperador, se había reunido en Colonia, durante la primavera y el verano de 1579, y que ningún resultado produjo, intentó conseguir, por medio de grandes ofrecimientos, que el de Orange abandonara la causa de los Países Bajos; pero Guillermo no era hombre capaz de dejarse llevar del orgullo o de la ambición a cometer una traición infame; en vista de lo cual el duque de Terranova, emisario de Felipe, decidió apelar a otros medios. Para ello, firmó con Juan Vanderlinden, abad de Santa Gertrudis de Lovaina, un pacto en el cual le prometió 20,000 florines de oro si lograba que el de Orange abandonara la lucha. Por consejo de Granvella, el rey aceptó este procedimiento y, en 15 de marzo, publicó el famoso decreto de proscripción contra el príncipe de Orange, en el cual se prometía la impunidad del delito y además una recompensa de 25,000 coronas de oro y el ingreso en la nobleza, a quien le quitara de en medio.

El príncipe contestó a la orden de proscripción de Granvella con una «Apología» que naturalmente no era mucho menos apasionada que aquella orden. Pronto se vio con cuánta razón Farnesio, no por motivos morales sino por causas políticas, había desaprobado la disposición de Felipe y de Granvella, pues el resultado de la proscripción, mas vergon-

zosa para sus autores que para el mismo condenado, fué que las provincias no walonas se separasen solemnemente, en 26 de julio de 1581, de la soberanía española. Para la gestión de los negocios de la naciente república, se nombró un preboste general y para las provincias separatistas del Norte «un preboste especial del Este del Mosa.» La independencia de hecho recibió, pues, su sanción pública; pero ¿podría ser defendida y conservada? Esto ofrecía sus dudas, pues el entusiasmo por la causa común era escaso en la mayoría de las provincias, y en cambio, la ambición que despertaban los cargos centrales nuevamente creados era excesiva. Las nuevas autoridades tenían que luchar contra grandes dificultades (1). Ya se comprenderá que desde el nombramiento de Alejandro Farnesio para el cargo de gobernador, la causa española había hecho grandes progresos. Los Países Bajos estaban entonces divididos en tres partes: todo el Sur y la costa oriental eran del rey de España, y en las provincias rebeldes reinaba la disensión, pues mientras los Estados generales, espantados por las recientes derrotas, estaban nuevamente en negociaciones con el duque de Anjou, esta vez para ofrecerle la completa soberanía (en vista de lo cual el archiduque Matías abandonó el país en que tan poca fama había conquistado), las provincias protestantes, Holanda, Zelanda y Utrecht, solo reconocían como soberano a su gobernador Orange.

Con diez y siete mil hombres, voluntarios franceses y mercenarios, penetró el de Anjou en los Países Bajos, donde fué proclamado duque de Brabante y conde de Flandes. Guillermo de Orange, que sacrificaba su orgullo a su patriotismo, procuró en vano que Holanda y Zelanda reconocieran al de Anjou; y al ver que no podía conseguirlo, púsose él mismo a las órdenes del francés para evitar una discordia y para obtener auxilios de Francia. Toda la nobleza de las provincias flamencas abrazó el partido del hijo del rey, cuyo catolicismo hizo que le reconocieran también los católicos, con lo cual pareció iniciarse una nueva era de grandes esperanzas en los Países Bajos.

Desgraciadamente el de Anjou no estaba a la altura de la importante misión que se le había confiado, pues, aunque dotado de talento, no tenía condiciones de militar, ni cualidades de príncipe. Todas las esperanzas que en él se habían puesto parecieron cada día más ilusorias, pues no supo evitar que Farnesio hiciera nuevos progresos a costa de la independencia de los Países Bajos. Además, la intervención del de Anjou no solo no había hecho ganar nada, sino que pronto fué peligrosa y funesta y únicamente aprovechó a España.

Mientras Farnesio avanzaba lenta pero seguramente en la obra de la reconquista de los ya perdidos Países Bajos, su soberano añadía un nuevo reino a sus extensos territorios.

Las grandes exploraciones y famosas conquistas de los portugueses en el siglo xv y principios del xvi habían extendido la autoridad del pequeño reino sobre tres regiones extranjeras (2). Una distancia de ocho mil millas marinas separaba a Lisboa de las colonias portuguesas del Japon, en Oriente, y al Occidente todo el Brasil había llegado a formar parte de la monarquía portuguesa; pero la madre patria era demasiado pequeña y poco poblada para servirse y aprovecharse de territorios tan dilatados. Por esta razón, Portugal se contentó con establecer en las desembocaduras de los ríos y en algunos otros puntos favorables al comercio algunas factorías protegidas por medio de fortificaciones, desde las cuales los portugueses adquirían del Asia la seda, la nuez

(1) Véase sobre esto las investigaciones archiviales de Müller en la obra citada.

(2) *Relacion de Antonio Tiepolo* (1572); Alberi, I, V, 202.

moscada, la pimienta, la canela y el añil, del Africa el marfil y de América las maderas lujosas y colorantes. Estos preciosos productos eran remitidos a Lisboa, cuyo rey percibía, por los impuestos sobre ellos decretados, una suma anual de 500,000 ducados. Los comerciantes que en aquellas factorías vivían debían, además, pagar 700,000 ducados, para subvenir a las necesidades de los 4,000 soldados de las guarniciones portuguesas y de los 200 buques de guerra del Asia. Los capitanes de estas compañías coloniales y de estos buques solían enriquecerse con el comercio y estafando a las rentas reales, de tal suerte, que a los tres años de servicio regresaban a su patria con un capital que a veces llegaba a setenta mil ducados: eran en una palabra, los nababs de su época.

Además del comercio de marfil, hacíase en Africa el del azúcar y especialmente el tráfico de negros, percibiendo el rey la cuarta parte también de los productos que por estos conceptos se obtenían. Los negros eran conducidos a Castilla, para ser luego vendidos y llevados a las Américas españolas. La permuta de oro por materias de escaso valor, como juguetes y adornos, que se hacía con las tribus negras, constituía un monopolio del rey que le producía anualmente unos 150,000 ducados.

El Portugal europeo era considerado como un país pobre e improductivo, pues, aun cuando abundaba en aceite, vino y sal, carecía de trigo, maderas, metales y caballos. La población había disminuido considerablemente con las exploraciones y factorías extranjeras, y por resultado de la indolencia y aversión al trabajo que sentía el pueblo, sometido, como «esclavos negros» (1), a la ignominiosa servidumbre de la nobleza. Un millón de ducados (once millones de reales) era todo lo que al rey reportaba anualmente el Portugal propiamente dicho, y aun la mayor parte de esta suma estaba afecta al pago de deudas.

Con envidia contemplaron durante mucho tiempo los portugueses el engrandecimiento de Castilla y el nombre de castellano les inspiraba odio profundo, pues continuamente creían amenazada su independencia por aquel reino, y conmemoraban todos los años en sus principales ciudades, el aniversario de la victoria nacional de Aljubarrota obtenida sobre sus odiados vecinos (2). Lo mejor que hubiera podido hacer Portugal hubiera sido procurar extender en lo posible sus posesiones extranjeras y cuidar en paz de sus colonias y de su comercio, con lo cual hubiera logrado esplendor, riqueza y fuerza; pero nadie se cuidaba menos de esto que el joven rey D. Sebastian, el cual en 1557 había sucedido a su abuelo en el gobierno. D. Sebastian era un joven temerario y caballeresco, falto de conocimientos y de reflexión: la caza y la guerra constituían todos sus deseos; y sus tendencias le llevaban a las prácticas de una devoción excesiva y un tanto mística, que le había inculcado su profesor y después confesor suyo, Luis Gonzalez da Camera, el cual, además, le inspiró el desgraciado plan de ejercitar su espíritu de empresas militares en una cruzada contra los moros marroquíes. Esta fué la desgracia del rey y de Portugal. A los veinticuatro años de edad, pereció D. Sebastian, y con él lo mejor del ejército portugués, en la batalla de Alcazarquivir, en las cercanías de Tánger, en 4 de agosto de 1578. No teniendo hijos ni hermanos, sucedióle en el trono su tío, el anciano cardenal Enrique, tercer hijo del rey D. Manuel, y desde aquel momento, concibió Felipe II la esperanza de reunir bajo su cetro el territorio portugués, restableciendo la unidad de la península ibérica, rota hacia ocho siglos; y como los portugueses instaban a su rey a que se casara para tener

descendencia y evitar de este modo el porvenir de una dominación castellana, Felipe consiguió que el papa negase al rey cardenal el permiso para renunciar a su carácter eclesiástico y logró, por medios poco dignos, crearse un partido entre las clases gobernantes de Portugal. El rey Enrique murió en 31 de enero de 1580, después de un reinado de diez y siete meses (3).

La cuestión de sucesión al trono era complicada: entre el gran número de pretendientes, los principales eran Antonio, prior de Crato, hijo de Luis (hijo segundo de Manuel el Grande), aunque, según todas las probabilidades, de unión ilegítima; la duquesa de Braganza, preferida del último rey (4) según propia confesión de los españoles, como hija



Alejandro Farnesio

del hijo menor de Manuel; y Felipe II de España, como hijo de la hija mayor de este. Felipe oponía al prior la ilegitimidad de su origen y a la duquesa la menor edad en que se hallaba y que la incapacitaba para subir al trono. Pero su

(3) El rey cardenal era tan anciano y estaba tan debilitado, que aunque se hubiera casado, no podía inspirar al rey de España temores de que hubiese podido tener sucesión. Felipe II por todas las noticias que recibía sabía perfectamente que moriría pronto y sin ella.

El erudito escritor portugués, Rebello da Silva, que a su muerte dejó escritos varios tomos de la *Historia de Portugal en el siglo XVIII*, en la Introducción, en la cual trata de los sucesos del siglo xvi, acusa a Felipe II de haber incitado a D. Sebastian a la empresa contra Marruecos, ya con la mira de apoderarse de Portugal por muerte de este príncipe. Nada más injusto que esta acusación. Los mismos datos que Rebello da Silva aduce, prueban precisamente lo contrario, a saber: que Felipe II aconsejó repetidas veces al rey portugués que desistiese de una empresa que creía descabellada, y así fué que no le envió sino algunos centenares de soldados que combatieron en Alcazarquivir al lado de los portugueses. El rey de España no pensó en la agregación de Portugal sino cuando la muerte de D. Sebastian y la patente extenuación de su sucesor D. Enrique, le mostraron abierto el camino. Por lo demás, la escrupulosidad con que cumplió el juramento hecho en las cortes de no nombrar un solo empleado español y el abandono en que sus sucesores tuvieron las cosas de Portugal, hicieron que no se pudiesen fundir entonces, como habrían debido fundirse en una, las dos naciones de la Península. (N. del T.)

(4) Herrera, *Historia general*, II, 360, 362.

(1) *Relacion de Matteo Zane*; Alberi, I, V, 343.
(2) *Relacion de Paolo Tiepolo*; Alberi, I, V, 53.

principal argumento eran sin duda alguna las espadas y los cañones de que disponía.

El candidato nacional era el prior D. Antonio, único vástago varón de la línea directa de la casa real y portugués de nacimiento. Si los gobernadores que el rey Enrique había nombrado antes de su muerte para el gobierno provisional del reino se hubiesen declarado desde luego por D. Antonio y hubiesen hecho un llamamiento al pueblo en favor de este, difícilmente hubiera conseguido Felipe ocupar el trono de Portugal, pues el mismo Papa se mostraba adversario del poder cada día en aumento de Castilla (1); pero aquellos, influidos por los diplomáticos españoles, vacilaron durante mucho tiempo, en parte por indolencia y en parte por mezquina codicia personal. No vaciló tanto Felipe, sino que llamando de nuevo a la corte al desterrado duque de Alba, le puso al frente del ejército de veinte mil hombres, que hacia un año había reunido, y le ordenó que invadiera Portugal. En vano los portugueses imploraron el auxilio de Francia y en vano procuró el Papa detener al rey católico: Felipe no se dejó convencer. Mientras los gobernadores permanecían inactivos, y una gran parte de la nobleza, seducida por brillantes promesas, se pasaba al enemigo; y mientras D. Antonio, á quien faltaban talento y energía, era proclamado rey en Lisboa y no adoptaba las medidas de defensa necesarias, las ciudades iban cayendo una tras otra en poder del de Alba, á quien seguía de cerca Felipe II. La excelente disciplina del ejército español, al cual se prohibió, bajo pena de muerte, atropellar en lo más pequeño á los portugueses, facilitó en alto grado la sumisión del país (2). En Belen, cerca de Lisboa, las tropas de D. Antonio, precipitadamente reunidas, fueron derrotadas por los soldados del de Alba, cayendo luego en poder de este la capital que, en parte, fué saqueada. Don Antonio comprendió cuán inútil era toda ulterior resistencia y huyó por mar, durante el otoño de 1580. A la primavera siguiente, las cortes, reunidas en Thomar, reconocieron como rey de Portugal á Felipe. Los portugueses se burlaron además de D. Antonio, diciendo que si hubiese sido tan hábil en luchar como en huir seguramente habría conservado el trono de Portugal.

Esta conquista fué realmente importante para la ambición de Felipe, que se encontró entonces dueño de toda la península ibérica: el reino español, después de 870 años, volvía á encontrarse unido y sin más fronteras que el mar y los Pirineos. La navegación de todo el Océano estaba bajo la fiscalización del monarca español; las Indias orientales se comunicaban con las occidentales, y el Asia, lo propio que América, parecía destinada á sufrir la dominación española. En 70,000 hombres se calculaba el ejército que en caso necesario podía proporcionar el Portugal europeo.

Pero en realidad, la conquista de Portugal era de muy dudoso valor para España. Los portugueses sentían el mismo odio profundo hacia sus dominadores castellanos y sus miradas se dirigían constantemente al prior de Crato, que no se cansaba de hacer nuevas tentativas en Inglaterra y en Francia para reconquistar el Portugal, á pesar de que de este personaje no guardaban otro recuerdo sino su habilidad en la fuga. El principal enemigo que tenía Felipe II era el clero portugués el cual, temiendo verse sujeto á los mismos impuestos que el español, excitaba desde el púlpito y desde el confesonario al pueblo contra la dominación extranjera. Felipe se vió obligado á desterrar á una porción de frailes y á hacer asesinar secretamente á los que eran más peligrosos

(1) Herrera, pág. 363.

(2) En el *Almanaque de Erich Lassota de Steblau*, publicado en 1866 en Halle, por R. Schottin, se encuentran noticias interesantes acerca de este ejército y de la campaña portuguesa.

enemigos. La nobleza estaba descontenta, porque el rey no había cumplido, ni en realidad podía cumplir, las excesivas promesas que le habían hecho los agentes españoles. La clase baja, animada de un odio profundo y de nacional antipatía, se mostraba irreconciliable (3), por cuyo motivo se veía obligado á tener constantemente en Portugal numerosas guarniciones y á construir fuertes en los puntos más importantes para contener el descontento de los portugueses. Esto no solo consumió los ingresos, ya de por sí afectos á una deuda considerable, del pequeño reino, sino que fué necesario gastar una parte importante de los fondos de España, lo cual descontentaba en alto grado á los españoles viejos.

La conquista de Portugal fué el último hecho de armas del duque de Alba: Felipe pagó sus servicios como había pagado los de tantos otros, con la más negra ingratitud. Este soberano consideraba á sus más poderosos auxiliares como meros instrumentos suyos, de los cuales podía deshacerse el día que no los necesitase. A consecuencia de una falta cometida por el hijo mayor del de Alba, Federico, que había seducido á una dama de la corte de la reina Ana, el duque, que intercedió por su hijo, fué relegado á su ciudad de Uceda. La expedición de Portugal le sacó del destierro, y dos años después, en diciembre de 1582, murió en Lisboa, y en el palacio real, cuando contaba sesenta y cuatro años, viéndose con general disgusto que su rey, que tantas victorias y conquistas le debía, al día siguiente de su muerte, se sentaba alegremente á la mesa delante de todo el pueblo, sin manifestar sentimiento alguno por el fallecimiento del anciano militar.

Ante las importantes victorias conseguidas por Felipe, como la reconquista de las provincias walonas y de una parte de las flamencas y la conquista de Portugal, Francia comenzó á temer por su propia seguridad. Por esta razón la corte firmó en diciembre de 1580, en Fleix, una paz formal con los hugonotes que proporcionó á aquella nación cinco años de tranquilidad, pudiendo entonces dedicarse activamente á la política exterior, especialmente en lo que á España se refería. El duque de Anjou se apoderó, por una traición, de la ciudad de Cambrey, perteneciente á los Países Bajos españoles, después de cuya hazaña marchó á Inglaterra para tratar seriamente de su matrimonio con Isabel. Todas las apariencias eran de que esta unión se llevaría á efecto, pues ya se habían cambiado los anillos, y en los Países Bajos se celebraron los esponsales con grandes fiestas. Parecía que las tendencias hispano-habsburguesas hacia una monarquía universal habían de encontrarse frente á frente de otras tendencias parecidas: ¡qué imponente unión se preparaba entre Francia, Inglaterra y los Países Bajos!

Sin embargo, los que entonces dirigían la política francesa no eran hombres que supiesen aprovechar con decisión y habilidad las circunstancias favorables que se les presentaban. Enrique III, envidioso del primer triunfo conseguido por su hermano, se negó á apoyarle por más tiempo y se expresó en sentido desfavorable á él, negándose á aceptar la alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra que Isabel, deseosa de reportar alguna ventaja del matrimonio, ponía como condición *sine qua non* para casarse con el de Anjou. Enrique III envió á Felipe Strozzi con una escuadra tripulada por marineros voluntarios franceses para proteger al partido nacional portugués que todavía se defendía en las Terceras; pero derrotada aquella, en 26 de julio de 1582, por una escuadra española menos numerosa (4), no se atrevió el rey de

(3) *Relacion de Mateo Zane* (1584), pág. 343.

(4) La derrota fué en las aguas de la isla de San Miguel y la escuadra española estaba mandada por el marqués de Santa Cruz.

(N. del T.)

Francia á aprovechar el sentimiento general anti-hispánico de los franceses y á facilitar poderoso apoyo con que los portugueses recobrarán su independencia.

El principal obstáculo que se oponía al éxito de aquellos planes estaba en su centro de unión, es decir, en el duque de Anjou, el cual hubiera necesitado gran prudencia y habilidad para atraerse á la población germánica y protestante de Inglaterra y del Norte y centro de los Países Bajos. Para esto tuvo que luchar desde un principio con grandes dificultades; el partido protestante inglés se oponía al proyectado matrimonio, contra el cual publicaba ardientes folletos, y lo propio acontecía en los Países Bajos. Con motivo de haber intentado un español asesinar, en marzo de 1582, al de Orange, por poco el de Anjou y sus compañeros son víctimas, en Amberes, del furor popular, pues el pueblo estaba convencido de que solo los asesinos de la Noche de San Bartolomé podían ser los autores de aquel atentado.

Francisco de Anjou, lejos de procurar con su conducta ganar para sí y para los franceses las simpatías de los protestantes, hizo cuanto pudo para aumentar su antipatía y desconfianza. Incapaz de tomar una resolución buena y enérgica, estaba siempre dispuesto á poner en práctica por medio de la traición sus aventurados planes, y dejaba transcurrir meses y meses sin hacer nada, mientras los españoles hacían cada día nuevos progresos. Pronto se supo cuáles eran sus proyectos secretos.

Anjou estaba cansado de ser el celebrado defensor de la libertad de los ciudadanos hacia los cuales sentía todo el desprecio propio del noble y del príncipe francés. A pesar de los repetidos juramentos que había prestado de respetar los privilegios del país, decidió ser su señor absoluto; y aunque cualquiera persona sensata hubiera reconocido la imposibilidad de someter con solos 10,000 soldados á algunos millones de hombres acostumbrados á la independencia y á la guerra, el de Anjou no era hombre de serias reflexiones y además entre sus compañeros de armas la mayor parte eran nobles que consideraban á los flamencos como simples y plebeyos mercaderes. Todas las plazas en que había guarniciones francesas quiso el de Anjou que le proclamasen su soberano absoluto. Una de las principales era la poblada y rica ciudad de Amberes, donde residía el príncipe de Orange, y donde se quiso repetir la «furia española.» En efecto, mientras el de Anjou permanecía prudentemente fuera de las puertas de la ciudad, algunos millares de franceses penetraron de repente en ella, en 17 de enero de 1583, y comenzaron la matanza y el saqueo de la población que nada sospechaba. Pero su loca codicia y su sed de sangre salvaron la libertad de la ciudad, pues indignados los habitantes y los guardias de Orange, tuvieron tiempo de reunirse y de defenderse, dirigidos por el príncipe en persona, contra los invasores y de acorralarlos en las calles estrechas, donde pronto dieron buena cuenta de ellos. Esta empresa tan infame como neciamente concebida, puso fin á la dominación de Anjou en los Países Bajos. ¿De qué le sirvió que en un funesto día de invierno cayesen en poder de sus tropas algunas fortalezas? Encontrábase con un pequeño ejército en medio de un pueblo enemigo é indignado; cerca de Malinas, por poco perecen ahogados él y los suyos en las aguas de los diques abiertos por los habitantes; y gracias á la intervención del de Orange, que no quería atraer sobre la causa de las libertades flamencas la enemistad de la Francia, pudo conseguir el príncipe francés que se firmara en marzo de 1583 un tratado, en virtud del cual cedió á los Estados generales una parte de sus tropas y las ciudades ocupadas, obteniendo en cambio libre retirada para sí y para los franceses que en Amberes habían sido hechos prisioneros. Después de estos sucesos,

regresó el de Anjou á Francia viendo perdidas no solo su dominación en los Países Bajos, sino las esperanzas de casarse con la reina de Inglaterra.

Sin apoyo del extranjero y por sus solas fuerzas y abnegación debía una parte por lo menos de los Países Bajos conquistar su independencia. La perseverancia, el valor, los esfuerzos y el sacrificio contribuyeron á este glorioso éxito.

El rey de España, á quien entonces sonreía en todas partes la fortuna, fué quien más se aprovechó de las empresas del de Anjou. La atrevida toma de Cambrey, ciudad walona, por los franceses movió á los walones á pedir auxilio á Felipe II que ya desesperaba de reconquistar las provincias perdidas. ¡Qué triunfo para la política española! El desorden que se produjo entre los flamencos rebeldes, á consecuencia de la fracasada dominación del de Anjou y la carencia de tropas expertas y de buenos generales hicieron más fácil la tarea de Alejandro Farnesio. En algunas ciudades, especialmente en Gante, ocurrieron algunos motines democráticos; pero, en cambio, en las provincias del centro y del Este se marcó cada vez más la separación entre los protestantes y los católicos y parecía que estos seguirían el ejemplo de los walones, abrazando el partido de España. Las provincias protestantes del Norte, las principales autoras de la Unión de Utrecht, reanudaron su estrecha alianza, pero también en ellas prevalecían las fútiles discordias sobre el bien general (1). Los Estados generales permanecían inactivos; Guillermo de Orange, centro y representante de la lucha por la independencia, solo equivocadamente ó por espíritu de partido era calificado de excelente caudillo, pues si bien era un gran hombre de Estado y un buen patriota poseído de noble ambición, en cambio, no merecía el nombre de buen general ni de hábil organizador, pues no hacía nada, mientras que Farnesio iba apoderándose, una tras otra, de todas las ciudades. Toda la Flandes occidental, con la mayor parte de sus costas, cayó en poder de los españoles; y solo á duras penas pudo conseguirse que Gante, la capital de la Flandes oriental, no se entregase á los soldados de Farnesio, como ya lo habían hecho Brujas é Ipern. Los mismos Estados generales consideraron tan desesperada su causa, que, en noviembre de 1583, ofrecieron su sumisión completa á la corona de Francia, con tal que esta se encargara de defenderles contra los españoles (2); proposición que, por fortuna para ellos, no quiso aceptar Enrique III. ¡Cuán grande fué la alegría de Felipe, y cuán pronta hubo de creer la sumisión completa de los Países Bajos, al saber que después de cinco tentativas de asesinato fracasadas, Guillermo de Orange había sido por fin asesinado en Delft, en 10 de julio de 1584, por Baltasar Gerard, hombre fanático, natural del Franco Condado, borgoñon, que para tan criminal empresa había obtenido la aprobación de varios frailes y del mismo Alejandro Farnesio! La familia del asesino, que siguiendo la costumbre feroz de la época expió su crimen con muerte atroz, recibió del agradecido rey los bienes del Franco Condado que habían sido confiscados al de Orange, cruel ironía digna enteramente de la ingeniosa sed de venganza de Felipe II.

No sabemos si Guillermo de Orange hubiera sido capaz de defender con éxito la independencia de los Países Bajos: lo indudable es que él fué el primero que la fundó. En aquel rudo é incierto período de despiadada guerra de todos contra todo, sobresalió por encima de sus compatriotas, pues, aunque no exento de miras personales, estaba animado de

(1) P. L. Muller, pág. 202.

(2) Kervyn de Lettenhove, en el Boletín de la Academia de Bélgica, III, II, 193.